

EMPEZAR POR EL HACER

Dice un refrán chino: "Si cada vecino barre su puerta, toda la ace-
ra pronto estará limpia." Como si dijéramos hoy: "Si cada hombre se
transforma, se reformarán las estructuras, y luego las naciones."

En la historia del magnífico guerrero Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid
Campeador, se lee este breve resumen de su forma de hacer las cosas:
"Era largo para hacerlas y corto para contarlas."

Y Julio César, el mayor general romano, pintó en una brevísima o-
ración su famosa victoria sobre Farnaces, rey del Ponto: "Vine, vi, ven-
ci." Demostrando en la brevedad la efectividad de su estrategia.

Tres expresiones que, cada cual a su modo, nos dan a entender una
sola idea: las cosas se consiguen cuando se hacen; no cuando se
planean; no cuando se proyectan; no a fuerza de hablar sobre ellas; no
en un inacabable planear, proyectar y hablar, que parece que nunca va
a terminar.

Muchos grandes proyectos, enormes ilusiones, en eso quedaron: en
la cuna de las ideas y de las palabras, porque sus autores nunca lo fue-
ron de las cosas hechas, sino de las cosas por hacer.

Con frecuencia, se hacen reuniones y reuniones que consumen inu-
tilmente horas y horas teorizando acerca de lo que conviene hacer. Y
al cabo de cada sesión se llega a la conclusión de que... hay que ase-
gurarse que se va por buen camino. Se antoja pensar que los que proce-
den de este modo se parecen a Penélope, aquella reina de la mitología
griega que dicen que lo que tejía de día lo destejía de noche, y de esta
manera nunca terminaba la prenda.

O, de otro modo, ¿serán indecisos que ante el temor de entrarle al
esfuerzo que requieren los trabajos apostólicos, se autotranquilizan con
la idea de que con sólo reunirse ya hacen apostolado? Tienen comen-
zo por disertar, planear, hablar, pero no acaban nunca las ganas de reali-
zar el apostolado que proyectan.

Las reuniones apostólicas vivas deben ser rampas de lanzamiento,
no laboratorios de ensayo. Y, al mismo tiempo, pistas de aterrizaje don-
de, después del vuelo, se compulsen los resultados obtenidos, para de
inmediato lanzar un nuevo taxi espacial cargado de experiencias miste-
reras que, por fuerza del impulso de la gracia, llevarán al éxito.

Basta con abrir los ojos y los oídos para comprobar el progreso del
materialismo a grandes zancadas: en la universidad como en las escue-
las secundarias y preparatorias; en la oficina como en el taller y la fá-
brica; en el barrio como en los centros sociales y deportivos. Pero esta
cruda y punzante realidad puede cambiarse si tú actúas.

El común de los cristianos confundimos la intención de Cristo: nos
parece que el anunciar el Evangelio es cosa optativa: que El nos deja
en la libre oportunidad de escoger si sí o no lo anunciamos. Y esto no
es verdad: anunciar el Evangelio a toda criatura es todo un mandato tan
actual y obligatorio para nosotros como lo fue hace veinte siglos para
los Doce primeros apóstoles.

Es de todo punto importante para el cristiano actual imitar el ejem-
plo del Cid: largo -es decir, pronto y bien dispuesto- para hacer, y cor-

to en cosas de charlar. Y otro tanto debe aprender de César: enterado del problema, va, observa y resuelve. No gastó más tiempo que el necesario para estudiar, planear y proyectar; como luego decimos, "ya le andaba" por llegar, y cuando llegó, sopesó la realidad y actuó. Tal deben ser y hacer los cristianos apostólicos.

Por otra parte, en una especie de contrapartida, al actuar en el apostolado nos llevaremos una sorpresa: a nuestros vecinos, que parecen tan ajenos a las cosas de la Vida Eterna, los vamos a encontrar como decía un misionero: "A veces manifiestan mayor interés en oír hablar de Dios, que nosotros en darlo a conocer." En efecto, es una verdad incontrovertible: hay hambre de Dios, hay sed de la verdad; y en tanto, los que han de dar de comer y de beber nunca acaban de planear.

Así como tratándose de los deportes, a veces de manera irónica se dice que "hay mucho equipo para tan poco juego", o bien que "después de tanto entrenamiento, nadie juega", así luego acontece entre los apóstoles laicos, que a fuerza de hacer juntas previas, se pasa el tiempo y nada hacen: nadie juega. La urgencia del apostolado seglar exige, no tanto ideólogos, pensadores o proyectistas, cuanto ejecutores.

San Juan de la Cruz decía: "Luego que la persona sabe lo que han dicho para su aprovechamiento, no es menester oír y hablar más, sino obrarlo de veras, con silencio y cuidado, en humildad y caridad y desprecio de sí, y no andar luego a buscar nuevas cosas que no sirven sino de satisfacer el apetito en lo de fuera y dejar el espíritu flaco y vacío, sin virtud interior." (Carta No. 6, pág. 1305, Ed. BAC).

Tanto hablar y proyectar sin llegar a la realización de nada, aunque deje nuestro exterior con la sensación -sobre todo en el grupo- de que se está haciendo algo muy importante, la verdad es que nuestra vida interior es como las nueces vanas: después de mucho trabajar en abrir las encontramos que no contenían nada.

Acaso el levita y el sacerdote que no atendieron al hombre asaltado y herido en el camino de Jericó, no se detuvieron a hacerlo por la cita que tenían en alguna reunión que trataría sobre cómo acabar con los asaltantes. En cambio, el buen samaritano, que sólo sabía de actuar, y de hacerlo ya, lo atendió y remedió sus necesidades.

Si todos los que queremos ser apóstoles, los que caminamos por esa ruta hacia el Jericó de las reuniones, acudiéramos en socorro de tantas obras apostólicas que piden socorro, acabaríamos satisfaciéndolas todas y se cumpliría el refrán chino: la sociedad, el mundo entero ya se hubieran cristianizado.

Un contrapeso en esto es la crítica hacia los que actúan sin madurar suficientemente los proyectos, sin haberse formado suficientemente: ¿podemos preguntar a los que así dilatan el arranque, cuándo será posible considerar suficientemente perfeccionado el proyecto? ¿cuándo estará suficientemente formado el apóstol?

Es más difícil realizar sin haber realizado, aunque se haya planeado largamente, que realizar contando con la experiencia que hayan proporcionado realizaciones anteriores seguidas de evaluaciones ilustrativas: "dame un realizador inteligente, y tendré fe en él; dame un teórico inteligente, y dudaré de él." Tal fe y tal duda de los críticos

30/2

"Por un clavo, se perdió un reino..."

Así comienza un cuento antiguo. ¡Cómo!, dirá alguno: ¿por algo tan común y corriente como un clavo, se puede perder algo de tanta magnitud como un reino?

Bueno, la cosa fue así: el clavo sostenía fija la herradura a la pata del caballo del rey. Cuando el mozo del rey observó que el clavo se había aflojado, descuidó la falla y no la remedió. Más adelante, al entrar el rey en batalla para defender su reino invadido por otro soberano enemigo suyo, al realizar el ataque que habría de darle la victoria, el clavo terminó de safarse, la herradura se salió de su lugar, el caballo rengueó, el rey ya no pudo avanzar, su ejército se detuvo, el enemigo contratacó aprovechando el desconcierto, y finalmente una saeta alcanzó matándolo al rey, incapacitado de huir. Todo por la falta de un clavo.

El cuento podría quedar en eso, en cuento, si no nos hiciera reflexionar en la importancia que tienen los pequeños detalles. El principio de observar la disciplina hasta en su más ligero detalle es de gran significación en los resultados finales de una empresa. A veces sentimos que una disposición del reglamento de nuestro Instituto parece carecer de importancia. No es así: todo en el reglamento es valioso si se quieren obtener los mejores efectos de ella.

Uno de nuestros principios de acción es este: "multiplicar minorías". ¿Qué significa este principio? Expliquémoslo:

Ordinariamente, llevados por las cosas materiales, pensamos que el éxito de dirigir personas está en el número de ellas: a mayor número de personas, mayor éxito. Esto está bien cuando se trata de los triunfos del mundo: un ejército mayor significa un alarde de poder; la concentración de masas numerosas eleva la categoría de un líder obrero; la presencia de una muchedumbre arrolladora en el campo deportivo habla de la calidad del juego que se espera; un río de gente en la barata de una casa comercial corona toda una campaña publicitaria.

Pero tratándose de los valores del espíritu la cosa es diferente: Precisamente porque urge la conquista de la humanidad para Dios, se hace necesario multiplicar las minorías, formarlas lenta y cuidadosamente, para que lleguen a tener la capacidad de influir con espíritu cristiano sobre la multitud. La minoría puede hacer cambiar a las mayorías igual que la pequeña carga de dinamita hace saltar la masa rocosa partiendo la montaña.

Tal fue hace dieciocho siglos el resultado de treientos años de apostolado cristiano en el seno del Imperio Romano: al principio era imperceptible su presencia, pero ya en el año 200 decía Tertuliano en su "Apologeticum" a los paganos: "Hemos comenzado ayer y llenamos ya vuestras ciudades, vuestros campos y fortalezas, el palacio y el senado. Solamente dejamos vacíos vuestros templos... Nos hacemos más numerosos cada vez que nos cosecháis: semilla es la sangre de los cristianos."

Este fue el Plan de Salvación seguido por Cristo, y que tenemos

30/3

que repetir: El, aunque se movía entre multitudes ansiosas de escucharle, designó únicamente a setenta y dos para que fueran delante de El a preparar su recibimiento en las ciudades (Lc 10,1); más aún, eligió tan sólo a doce para constituirlos en los príncipes de su Iglesia (Mt 10,1).

Y es que la conversión del mundo no es cosa de comenzar por la conversión de las mayorías, sino de las minorías. En las cosas del Señor no cuenta el darse prisa, sino el hacerlo de manera que profundice aunque tome tiempo hacerlo. A veces se antoja a los apóstoles modernos avanzar a zancadas por medio de la conversión de grandes grupos. Se corre entonces el riesgo de aflojar en la disciplina para consentir desviaciones con tal de que no se vayan los más.

La disciplina tiene dos formas: la puramente exterior, en que cuenta únicamente -y mucho- mantener las apariencias exteriores. Esta es la clase de disciplina que llamamos 'urbanidad' o 'civismo', en cuyo extremo puede llegar a faltar totalmente el contenido espiritual.

La disciplina del espíritu va mucho más allá: ella construye la vida interior ante todo. La disciplina exterior puede darse con cierta facilidad entre las mayorías; la disciplina espiritual únicamente florece en las minorías y, una vez formada ésta, tiene como fruto la otra.

Con frecuencia nuestros dirigentes se afanan mucho en mantener el gran número de alumnos en los grupos y, para conseguirlo, sacrifican la disciplina del espíritu de nuestra Obra. Entonces viene, como lógica consecuencia, el quebrantamiento de ambas disciplinas.

Un ejemplo: los temas de nuestras lecciones tienen alta concentración doctrinaria, y expresión que a muchos parece elevada; las tareas y la reflexión piden un esfuerzo adicional muchas veces no acostumbrado por el alumno con anterioridad. Esto es, a no dudarlo, la causa de deserción inicial más frecuente. Es la verdad, pero quienes planearon el método de la Escuela de Pastoral se plantearon una disyuntiva: por una parte, impartir una enseñanza de gran contenido y elevación del espíritu, aún refinando en el alumno la forma de expresarse, lo que sin duda conseguiría, no sólo su conversión, sino su elevación moral y social necesarias para formarlos como dirigentes. Esto, claro, traería como consecuencia la autoselección, madre de la deserción numerosa: todos los que no aceptaran esforzarse corporal, moral e intelectualmente, y todos los que por sus especiales circunstancias carecieran de la posibilidad, no a todos permitida, de cumplir con la asistencia, puntualidad, estudio y reflexión pedidos por el Instituto; todos ellos habrían de abandonar.

Por otra parte, la disminución de contenido docente, de exigencias tales como asistencia, puntualidad, estudio, reflexión y tareas, acaso detuvieran a unos más, pero con detrimento de la enseñanza y relajamiento de la disciplina. No serían, con todo, muchos ni por mucho tiempo éstos, pues la degeneración sólo produce degeneración.

Una causa más de deserción es la confrontación que consigo mismo hace de su vida frente a las lecciones el alumno: algunos, resistentes a la conversión, acaban por alejarse del Centro cuando sienten molestos los temas que contradicen su conducta. Tampoco aquí es posible que la Escuela haga concesiones sin faltar a la disciplina del espíritu.

Es entonces cuando se ve razonable que por un clavo se pierda un reino, cuando se comprende la importancia de formar a las minorías que, hoy como en tiempos del profeta Eliseo (1 4,19,18), darán testimonio.

MEDITACION SOBRE EL EVANGELIO

(Mt 11,1-14) "Cuando Jesús acabó de dar instrucciones a sus doce discípulos, partió de allí para enseñar y predicar en sus ciudades. Y Juan, que en la cárcel había oído hablar de las obras de Cristo, envió a sus discípulos a decirle: '¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?' Jesús les respondió: 'Id y contad a Juan lo que oís y veis: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Nueva; ¡y dichoso aquel que no se escandalice de mí!' Cuando ellos se marchaban, se puso Jesús a hablar de Juan a la gente: '¿Qué salísteis a ver en el desierto? ¿Una caña agitada por el viento? ¿Qué salísteis a ver, si no? ¿Un hombre elegantemente vestido? ¡No! Los que visten con elegancia están en los palacios de los reyes. Entonces, ¿a qué salísteis? ¿A ver un profeta? Sí, os lo aseguro, y más que un profeta. Este es de quien está escrito: 'He aquí que yo envío mi mensajero delante de ti, el cual te preparará por delante el camino.' En verdad os digo que no ha surgido entre los nacidos de mujer uno mayor que Juan el Bautista; sin embargo, el más pequeño en el Reino de los Cielos es mayor que él. Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el Reino de los Cielos sufre violencia, y los violentos lo conquistan. Pues todos los profetas, lo mismo que la Ley, hasta Juan profetizaron.'

CUESTIONARIO-GUIA PARA LA REFLEXION EN GRUPO:

- 1.- Juan, encarcelado por Herodes, interroga quién es Cristo, pero ya antes (Mt 3,13-15) le conocía; luego ¿Por qué envía a sus propios discípulos a interrogarle quién es él, Jesús?
- 2.- ¿Por qué la respuesta de Jesús es la exposición de sus propias obras? ¿será para destacar que ellas coinciden con las predicciones de las Escrituras con respecto al Mesías? ¿o porque no basta con el anuncio, sino que las obras han de respaldar el anuncio del Evangelio?
- 3.- Si por la palabra 'escandalizarse' entendemos el rechazo de la Buena Nueva de algunos por no decidirse a quitar los obstáculos que ellos interponen, ¿por qué es dichoso el que consigue removerlo, el cual o se escandaliza?
- 4.- ¿Por qué usa Jesús la imagen de una caña -vacía por dentro- agitada por el viento que hace de ella lo que quiere- para describir eso que no había sido Juan?
- 5.- ¿Por qué -por el camino del absurdo- presenta Cristo la figura del cotesano refinado, ostentoso, comodón y acomodaticio con ánimo de hacer destacar la imagen austera, pobre pero vigorosa de Juan?
- 6.- ¿Cómo llega Cristo a la conclusión de que Juan es el Precursor anunciado por Malaquías (3,1), superior a todos los profetas, a 'todos los nacidos de mujer'?
- 7.- Y ¿cómo es que no obstante todo eso, Juan es menor que todo aquél que entra en el Reino de los Cielos? ¿Alude Cristo al hecho de que Juan no alcanzó a ver la Nueva Era de la gracia? ¿Significa esto mayor responsabilidad para nosotros?
- 8.- Si por 'violencia' entendemos el esfuerzo que se pone en conseguir algo, ¿cómo es que únicamente los 'violentos' conquistan el Reino?
- 9.- Si por 'violencia' entendemos el esfuerzo que ponen los que se oponen a la extensión del Reino de Dios, cuál debe ser la actitud de a-

quéllos que trabajan para dilatarlo?

10.- Si por 'violencia' entendemos el esfuerzo que debemos hacer para que el Reino de Dios se instale dentro de nosotros mismos, ¿verdaderamente procuramos la contradicción de nosotros mismos por medio de una vida austera, sencilla, oculta y de entrega al Señor?

EL EJEMPLO DE SAN JUAN COMO APOSTOL

San Juan Bautista es el ejemplo del hombre que se entrega a Dios sin reserva alguna:

- * Deja todas las comodidades que le brinda la vida de una familia ordenada y religiosa para ir al desierto a cumplir su vocación.
- * Deja las vestiduras, aún las más modestas, para vestirse de piel de esta manera dar testimonio por el ejemplo de lo que predica.
- * Cambia los alimentos ordinarios por el ayuno riguroso, para demostrar a su pueblo que es posible la abstinencia.
- * Se lanza a predicar la penitencia como medio de elevación del espíritu hasta su encuentro con Dios.
- * Habla de la contradicción de sí mismo y del dominio de las pasiones como medios para llegar a recibir el Reino de Dios.
- * Exhorta a allanar el camino para que el Reino de Dios llegue con facilidad al hombre libre de todo obstáculo entre Dios y él.
- * No vacila en echar en cara al rey Herodes el adulterio en que vive, a fin de contrarrestar el escándalo que su pecado público provoca.
- * Y cuando se ha ganado la admiración y la estima del pueblo, no vacila en aclarar que su bautismo es sólo imagen de un Bautismo superior que habrá de administrar uno que ya está en medio de la multitud y al que él no es digno de atar la correa del zapato.
- * Llegado el momento, descubre la presencia de Jesús en medio de sus seguidores, lo identifica como el Cordero de Dios, Autor de nuestra santificación mediante la liberación del pecado.
- * Para iniciarse la era mesiánica, prefiere desaparecerse con objeto de no ser nube que opaque la gloria de quien es el Sol de Justicia.
- * Ya desde la cárcel en que se le confinó por reprender al rey, remite a sus discípulos a Jesús para entregárselos provocando previamente la admiración por el que habrá de ser su verdadero y único Maestro.
- * Y, cumplida su misión, realiza el último acto de entrega total mediante el martirio, para gloria de Dios.

Cada uno de los puntos citados arriba constituye una lección para el verdadero apóstol; su reflexión lo llevará a la convicción de que ser discípulo comprometido de Jesús es algo serio y permanente; de que el ser apóstol es darse sin reservas; de que en el momento de la admiración de los hombres el apóstol ha de desaparecer para dejar toda gloria a Dios. El ejemplo de San Juan Bautista debe estar siempre delante del verdadero apóstol.

30/6

30/7

NECESIDAD DE LA ESTRUCTURACION

"Donde hay un primero, dice relación a postrero, y hay orden", decía Baltasar Pacheco.

Cada vez más frecuente es en el mundo de nuestros días la inobservancia de este principio: la única manera de que se mantenga el orden en toda asociación humana, es que se mantenga esa "relación de primero a postrero", entre la cabeza y todos los miembros, hasta el último, de cualquier grupo humano que se asocie en todas sus formas, y la causa de toda disgregación obedece a la ruptura de este principio.

Ahora bien, esa relación "de primero a postrero", implica en el grupo una serie de niveles que contiene entre ese "primero" y ese "postrero" una serie de "intermedios", todos los cuales, como en una escala, conforman el orden del grupo entero. A esta conformación se le llama "estructuración".

Por "estructura" se entiende la distribución ordenada de las diversas partes de un todo. Tratándose de una estructura humana, esas "partes" son los miembros del grupo humano, y hablando de un equipo de trabajo, son los miembros del equipo, incluyendo el jefe como cabeza de él. De este modo bien podemos considerar la importancia que reviste la estructuración cuando de un Equipo de servicio de la Escuela de Pastoral se habla.

Más aún, la posibilidad de imponer orden y dar forma a nuestra labor dentro de un Decanato, Zona Pastoral o Diócesis, sólo puede darse cuando existe la estructura correspondiente, de manera que se dé esa "relación entre el primero y el postrero", entre el Coordinador Regional y el alumno de la Escuela, a través de los Visitadores, los Directores de Centro y del Equipo de servicio. Si en algún punto de esta estructura se diera una interrupción, la "relación de primero a postrero" se interrumpiría también.

Vamos ahora a contemplar la manera como se estructura la Obra de la Escuela de Pastoral en la Diócesis, o en la Zona Pastoral (o cualquier otra denominación que se le dé) atendiendo a la organización de la Diócesis:

Dice nuestro instructivo en relación con el laicado que conforma esta estructura -la Jerarquía será motivo de un estudio aparte-, que en el vértice superior se encuentra el "coordinador diocesano" o su equivalente el "coordinador zonal". Este debe formar equipo de trabajo con los "coordinadores regionales", quienes tienen a su cargo los decanatos o divisiones de la Diócesis que se tengan con cualquier título. A su vez, los coordinadores regionales deben contar con tantos "visitadores" como sean necesarios de manera que cada visitador tenga a su cargo un mínimo de tres Centros y un máximo de cinco. La reunión del coordinador diocesano (o zonal) con sus coordinadores regionales y sus visitadores constituye el Consejo Diocesano.

A su vez, el coordinador regional reunido con sus visitadores y los directores de los Centros a cargo de los visitadores integra el Consejo Regional.

Finalmente, el visitador reunido con los directores de los Centros, a su cargo, más todos los miembros de los Equipos de servicio de tales Centros, integran el Consejo de la Visitación ("visitación" es el conjunto de los Centros encomendados al visitador).

Ahora bien, si observamos con detenimiento esta estructuración, fácilmente se echa de ver que en cada Consejo se conjuntan tres funciones, los encargados a tres niveles:

- a) Consejo diocesano: Coordinador diocesano, coordinadores regionales y visitadores.
- b) Consejo regional: Coordinador regional, visitadores y directores.
- c) Consejo de Visitación: Visitador, directores y miembros de los Equipos de servicio.

Lo que se pretende con esta representación a tres niveles es que la elaboración de directivas y su trasmisión sean lo más fielmente posibles. Del mismo modo, las noticias, inquietudes y sugerencias podrán llegar fácil y fielmente interpretadas desde la base hasta el vértice y viceversa.

La fiel observancia del funcionamiento de esta estructura se traducirá en la mejor marcha de toda la Obra de la Escuela de Pastoral en la Diócesis. El descuido o falla en la estructura provocará el derrumbe de todo el edificio, igual que sucede a un cuerpo falto de esqueleto.

Lección No. 30.- ELEMENTOS BASICOS EN LA ORGANIZACIÓN.

Alumno: _____ Centro No. _____ Grupo _____

- 1.- ¿Cómo el Apóstol puede tomar ejemplo del Cid y de Julio Cesar y en que?
- 2.- ¿Por qué al afanarnos en la formación de las minorías imitamos el Plan de Salvación seguido por Cristo?
- 3.- ¿Por qué es tan importante en nuestra Obra la formación de minorías?
- 4.- El ejemplo de San Juan Bautista debe estar siempre delante del verdadero Apóstol. Menciona las tres características que te llamaron la atención del Apóstol.
- 5.- ¿Qué tan importante y necesario es conocer y aplicar fielmente el funcionamiento de la estructura de nuestra Obra?